

Tindaya: el poder contra el mito

Jesús Giraldez Macía •

A Fuerteventura le ha tocado la lotería.

MIGUEL CABRERA

[Viceconsejero de Cultura
del Gobierno de Canarias]

Corría el año de 1900 cuando el periódico *Unión Conservadora de Tenerife* informaba de una noticia bajo el título *Fuerteventura*: “Castigada constantemente aquella extensa isla por la sequía, sus habitantes esforzándose en vano en las labores agrícolas, teniendo que emigrar periódicamente a otros países en busca de pan y trabajo, cual ha sucedido en el presente año. / Mas, el amor al terruño y la necesidad de proporcionarse el pan de cada día, hace que los majoreros no desmayen en la lucha por la existencia. / El descubrimiento de una mina de mármol

• Es Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada. Actualmente realiza su tesis doctoral e imparte la docencia en un instituto de enseñanza secundaria de Fuerteventura. Investiga en profundidad sobre el “tema Tindaya”, haciendo públicas sus indagaciones y su crítica en distintos medios de comunicación del Archipiélago.

en la montaña de Tindaya, jurisdicción de La Oliva, abre nuevas vías a empresas industriales de importancia suma. / Las clases de piedra encontradas por D. Isidoro de la Vega se clasifican del siguiente modo: / Mármol blanco. Mármol blanco con vetas negras. Mármol gris, con vetas casi color rojo. Mármol rojo con vetas blancas y negras. Mármol casi gris vetado como madera”.

Éste fue el principio de la lucha de la Montaña por la supervivencia. La economía del poder contra el mito donde reconocernos.

El mito

Rebelados frente a la imposición cultural que contrapone la tecnología a su pervivencia, reivindicamos el mito.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano, que ha hecho del mito la esencia de algunas de sus obras, nos aclara su origen y finalidad con la sencillez y la inigualable hermosura de sus palabras: “Los mitos, metáforas colectivas, actos colectivos de creación, ofrecen respuesta a los desafíos de la naturaleza y a los misterios de la experiencia humana. A través de ellos, la memoria permanece, se reconoce y actúa. Los mitos indígenas, claves de identidad de la más antigua memoria [...] perpetúan los sueños de los vencidos, perdidos sueños, sueños despreciados, y los devuelven a la historia viva: vienen de la historia, y a la historia van”¹.

Para Wu Ming —la revolución sin rostro— el mito mantiene ese carácter dialéctico, flexible y en permanente realimentación que le otorga Galeano: “Las historias, los mitos, son el carburante ecológico de las comunidades en marcha. Hay que seguir contando los mitos, modificándolos, descubriendo nuevas

¹ E. GALEANO 1992: *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, México.

acepciones, adaptándolos a la contingencia del presente, es el antídoto contra su esterilización o su alienación. Y, por lo tanto, contra la esterilización y alienación de la comunidad”.

Pero nos advierte de la posibilidad del anquilosamiento y manipulación que el poder puede hacer de los mitos: “Pero pueden también convertirse en instrumentos opresivos y paralizadores. El patrimonio de perspectivas e historias compartidas, el imaginario, forja una base de cohesión comunitaria, pero no hace falta mucho para pasar de la cohesión, del sentido de un camino que se está recorriendo, a la construcción de una identidad fija, que hay que mantener y preservar de las contaminaciones externas”².

Cientos de ejemplos hay en la historia de lo que puede hacer la omnipotencia con los mitos de la comunidad. Especialmente burdos son los atribuidos a las jerarquías que justifican sus intenciones territoriales inventando, reinventando o manipulando las tradiciones para crear unas señas de identidad impostoras, más acordes con su ideología camaleónica, menos rebeldes, menos dañinas a sus intereses que se pretenden universales a pesar de que su universo tiene fronteras. Los resultados suelen ser ridículos y en Canarias el *ranking* de las miserias intelectuales en el terreno mitológico no tiene desperdicio.

El mito ha amparado a la Montaña desde que los primeros habitantes de esa tierra —los majos— quedaron marcados por su belleza, que destacaba, pretenciosa y distinta, en una llanura

² Wu Ming son dos vocablos de origen chino mandarín que se pueden traducir por Anónimo o Sin nombre. Se trata de un colectivo italiano continuador del Luther Blisset Project que dio a la luz pública, entre otros trabajos, la magnífica novela *Q*. Wu Ming es un tributo a la disidencia y una crítica libertaria a la producción artística, una de cuyas consecuencias es la reivindicación del *copyleft* al que está sometido este ensayo. Más información sobre este proyecto en www.wumingfoundation.com.

que el océano se traga silenciosamente en el horizonte. Colonizado el pueblo, sus valores etnográficos permanecieron: la luz de Mafasca a veces cosquilleaba sus laderas, brujas bonachonas se declararon en huelga permanente contra el olvido y unos pies grabados en su cima reclamaban y reclaman la existencia misma: nosotros vivimos y amamos aquí.

Por arte de magia, por magia del arte, desde que el ampuloso título de Proyecto Monumental de Tindaya adquirió relevancia mediática, el mito fue tragado por el discurso del poder. Evitar cualquier referencia a los valores de la Montaña ha sido un empeño contumaz de las instituciones y sus portavoces políticos.

No se trata pues de una modificación del mito sino de su sustitución artificial, de su definitiva destrucción. Tras siglos de construcción mitológica, el poder ha descubierto que su esencia no reside en los pies grabados, ni en las sombras de sus lunas, sino que para acceder a ella hay que vaciar sus entrañas, diseñando la guarida donde morará este nuevo mito, extrañamente antropófago.

El nacionalismo integrador, ultraperiférico, con personalidad múltiple (y otras patologías) que nos representa por esos foros de dios, prefiere condensar la cultura, jibarizándola, y dejando empequeñecidos los prodigios de Houdini. Se baja el telón y la mayor estación de grabados de Fuerteventura y una de las más singulares muestras de que algo fuimos, queda oculta. Se sube el telón y en su lugar aparece una piedra sin contexto encerrada en una vitrina que atestigua que somos irremediabilmente zana-tas, aunque algunos hace tiempo que ya lo sospechábamos³.

Pero el nacionalismo integrador no camina solo en los senderos de la destrucción del mito. Recientemente el Par-

³ Sobre este peculiar asunto se recomienda la lectura del ensayo de Sergio Baucells incluido en esta colección.

lamento de Canarias dio una nueva lección de democracia: en contra de todos los criterios científicos, la sabiduría parlamentaria canaria —que aglutina en su seno a auténticos analfabetos funcionales—, dictaminó otra vez que el monumento es de interés general para estas ínsulas. Este foro del conocimiento enciclopédico (con gran interés en la rama de infraestructuras viarias, portuarias y campos de golf) levita sobre el resto de los mortales. Y nos sermonea y adoctrina:

Por la confianza que nos han depositado los ciudadanos en las urnas, confirmamos que la Montaña no existe, es pura imaginación colectiva, un peligroso sueño insumiso que ha perdurado en la oscuridad de la ignorancia. Constituidos como moderna inquisición cultural quemaremos las últimas brujas que habitan en la memoria del pueblo y le sacaremos el corazón de su pétreo madriguera que —vendido al mejor postor— será sustituido por el canto a la tolerancia de Chillida. El saber y la razón habitan en este hemicycleo y no en la ciencia, ni en la historia, ni, por supuesto, en el pueblo, cuyas funciones sociales hace tiempo que fueron felizmente limitadas a la acción votante.

La Montaña

Nos detendremos a exponer los múltiples valores que, en el campo de las ciencias sociales, la Montaña abriga en sus laderas, su cima, sus vistas y su interior. Y todo ello sin necesidad de vaciarla. Pero antes, ofreceremos unos breves apuntes sobre otros aspectos —no menos valiosos— que le confieren exclusividad.

La Piedra

No comprendo que alguien pretenda destruir esta montaña para emplear sus maravillosas entrañas en la construcción de anónimos edificios.

CARLOS ALBA
[Técnico de Medio Ambiente]

La Montaña de Tindaya es en realidad el interior de un volcán cuyas lavas no vieron la luz hasta que la erosión natural —en aquellos milenios en que aún no existían políticos ni empresarios— dismanteló el edificio con la paciencia de quien se sabe dueño del tiempo. El resultado fue una mole que se diferenciaba con nitidez de su entorno y que la hacía única en la geología de las Islas. Y del Planeta. Tanto que algunas muestras de sus encantos se hallan expuestas en el Museo de Rocas Ornamentales de Nuremberg a donde viajan —camuflados de científicos y escondidos en la densidad de los estudiosos— algunos tratantes de piedras, tan preciosas como la de Tindaya. Y tanto que el Instituto Tecnológico Geominero de España declaró la Montaña como Punto de Interés “por tratarse de un recurso no renovable en donde se reconocen características de especial importancia para interpretar y evaluar los procesos geológicos que han actuado en una zona desde la formación del planeta”⁴.

Uno de los más eminentes geólogos de Canarias, Juan Carlos Carracedo, manifestó, a instancias de las autoridades insu-

⁴ Para evitar hacer engorrosa la lectura del texto, se ha considerado conveniente no incluir la procedencia directa de las numerosas citas —periodísticas, documentales y bibliográficas— que se observan en el texto. Obviamente todas y cada una de ellas están cotejadas y extraídas de los fondos documentales que tienen por objeto el estudio. Al final del ensayo se incorporan los documentos y libros de donde se ha obtenido la información.

lares, su opinión profesional: el proyecto era inviable sin que causara la destrucción de la montaña; y personal: el proyecto no debería ejecutarse. En la misma línea, Simon Day —insigne investigador británico y experto conocedor del vulcanismo mayorero— manifestó su criterio científico: la estructura interna del volcán constituye un complejo apilamiento de prismas que reducían las posibilidades del monumento a un diáfano dilema: montaña o desplome. Y Telesforo Bravo, —catedrático, amante de la naturaleza, precursor dignificante de la geología canaria, crítico incontinente— expresó varias veces su sabio veredicto: *¡fuerte un disparate!*

Su constitución geológica también parece que fue una de las razones principales para su catalogación, en 1994, como Monumento Natural, en virtud —contradictoria virtud—, de la Ley de Espacios Naturales de Canarias. Y decimos *parece que* porque, fieles a las improntas genéticas de la clase política canaria, el texto legal *olvidó* reseñar cuáles eran los valores explícitos que hacían a la Montaña merecedora de tal distinción protectora. Estamos ante un nuevo caso de FDI (Falta de Ignorancia), casos a los que, a pesar de la perseverancia de sus inductores, todavía no nos hemos acostumbrado.

Quienes si sabían —como hemos visto, ya desde 1900— de su valor ornamental y mercantil eran, y son, los mercaderes isleños, autóctonos garantes de nuestra unidad como destino en lo universal. Dos de las cavernas ostentosas del poder insular están forradas con la piel del mito, descamado ilegítimamente para mayor gloria de nuestras modernas señas de identidad. En los primeros años de la Victoria del franquismo, los abuelos ideológicos de nuestros gobernantes —que en aquella época andaban disfrazados de nacionalistas españoles, ultraintegradores y nada periféricos— erigieron el Hotel Mencey en las Ramblas del Generalísimo

Franco y le vistieron un manto —al hotel, no a Franco— con la sufrida piedra de Tindaya. Fue uno de los actos propagandísticos que, a través del arte (casualidades de la historia), fue diseñado y financiado por un ente más rotundo y más férreo que la propia Montaña: el Mando Económico. A su frente estaba el Capitán General de las Canarias, Francisco García Escámez, quien, además de auspiciar ese híbrido arquitectónico de la canariedad, se dedicó con ansias a una ingente obra social, favor por el cual le estamos eternamente agradecidos a través de las decenas de calles, parques y barriadas que loan a su benefactor nombre.

Otro mando económico igualmente aficionado a las obras sociales (favores que pagamos cada día), CajaCanarias, también ha tenido a bien contribuir al expolio de nuestro patrimonio cultural y natural forrando con piedra tindayera el palacio donde reinan el becerro de oro y otros animalitos endémicos: la sede central de la capital de la parte de allá de este territorio tan fragmentado.

Y más mandos y mandones. La sede de la presidencia en Santa Cruz, la casa blanca, azul y amarilla del primer ministro de la República Ultraperiférica —inaugurada en 1999 y diseñada, entre otros, por un tal Fernando Martín Menis—, también tiene sus adornos de la Montaña Sagrada. En ésta habitaron en su día espíritus y brujas, incitados quizás por brebajes y sustancias estimulantes. En cambio, en la nueva casa hierática...

Y en Fuerteventura también se visten con las traquitas sagradas, un aeropuerto para recibir con brazos abiertos a los turistas benefactores y un juzgado para cerrar los brazos, las bocas y el futuro, a los indeseables que nos llegan en pateras. Y el auditorio Alfredo Kraus de Gran Canaria, el último gran edificio tapizado con la Montaña, un espacio que reduce el disfrute de la cultura oficial a 1.500 personas en una Isla con 750.000 habitantes.

Ante tales portentos económicos y sociales no hay piedra, ni montaña, ni mito que se resista.

La naturaleza

El proyecto de Chillida es un disparate, una agresión injustificada a un patrimonio natural que se quiere encubrir, paradójicamente, como algo cultural.

CARLOS DE PRADA

[Premio Nacional de Medio Ambiente]

El Plan de Ordenación del Territorio de Fuerteventura considera a la zona como de interés botánico y zoológico, una calificación protectora más, carente de eficacia real. Ante tal repetida circunstancia, las instituciones deberían plantearse seriamente emprender un curso básico de interpretación semántica: proteger implica resguardar, favorecer, amparar. Defender.

A las pendientes de la Montaña se aferra un extraño endemismo vegetal, la *Caralluma burchardii*, que constituye —a juicio de David y Zoe Bramwell, dos de los más prestigiosos botánicos del Archipiélago— un “verdadero tesoro”. La *cuernúa*, como se le conoce popularmente, es una pequeña planta suculenta con tallo cuadrangular, cuyo interés científico ha condicionado especiales medidas de protección. Pero... ¿qué importancia puede tener una plantita —encima cornuda— cuando los genios de las infraestructuras públicas canarias están intentando trasplantar los sebadales protegidos de Gran Tarajal o destruir, irremediamente, los de Granadilla? Otra plantita, exclusiva de Fuerteventura —*Aichryson bethencourtianum*—, *pelotilla* en boca del pueblo, busca refugio en las grietas de la altura protectora. Y los acebuches, los árboles indómitos (*contra el acebuche no hay palo que luce*) a los que el viento y

las cabras mayoreras le han dado formas achaparradas, formas enanas, formas de Montaña.

La Montaña de Tindaya y su entorno conforman un ecosistema, es decir, una comunidad donde el ambiente, el medio físico y los seres vivos se interrelacionan, se manifiestan, se necesitan, se esconden y se solicitan. Y donde, desde diminutos insectos hasta los guirres que ascienden formando círculos mágicos, lisas y perenquenes, aguilillas y cuervos, camachuelos y tarabillas, comparten las lajas *asoliadas*, las oquedades más escuetas, las sombras imposibles, las lunas apaciguadoras y las lunas turbulentas. Y todos, sin excepción, beben las aguas salvadoras que llora la Montaña.

Pero aunque vivieran en Fuerteventura miles de lustros antes de que los normandos y especuladores conquistaran nuestro suelo, todos estos tesoros botánicos y zoológicos carecen de visibilidad. Cuando el monumento se impone, los protectores institucionales se ponen las gafas oscuras para penetrar en el interior vacío pero lleno de turistas y de dinero; en el exterior, las plantitas se plastificarán y los animalitos podrán ser observados, por una módica cantidad, en el parque zoológico que los políticos medioambientales tienen en el sur mayorero.

En el hipotético terreno de los diálogos imposibles, la ciencia intenta explicar a los poliempresarios que con la biodiversidad no se mercede. Palabras que rebotan en un muro forrado de euros y piedra marmórea cuyo eco —coro armonioso de la sociedad limitada— responde: *¿y eso... qué beneficios produce?*

Si los criterios objetivos de la ciencia no son valorados desde las instituciones que se suponen deben velar por su custodia ¿qué no harán sobre algo tan arbitrariamente cuestionable como la belleza de su paisaje o la singularidad de su estética? El tema no es baladí, puesto que a los legisladores se les olvidó explicitar los valores intrínsecos de la Montaña cuando la declararon Mo-

numento Natural y, por lo tanto, tenemos que acudir a las normas generales aplicables a todos los espacios con esa categoría.

Éstas dicen que serán declarados Monumentos Naturales los elementos de la gea que tengan especial interés por la importancia de sus valores, entre ellos, el paisajístico. También aquellos espacios de la naturaleza de dimensiones reducidas que destaquen notoriamente por su rareza o su belleza.

Precisamente, los argumentos más evidentes sobre la singularidad y belleza de este paisaje, los ponen sobre la mesa los defensores de que la obra de Chillida vea la luz en sus órganos internos. Sostienen que el artista, tras dar vueltas a este mundo en busca de la montaña soñada, se enamoró perdidamente de su belleza (hay amores que matan). En sus propias palabras, “Se me pidió realizarla en Finlandia, en Suiza y en Sicilia, pero no eran las montañas ni los lugares apropiados. Tindaya sí lo es, porque la situación de la montaña con el mar, con la costa y con todo el entorno es perfecta”. Procede, entonces, la gran pregunta: si es perfecta ¿cómo perfeccionarla?

Con los pies en la cabeza

Si Chillida quiere vaciar una montaña, que vacíe otra. Imagínense un hueco enorme dentro del Teide o del Roque Nublo. Al día siguiente Chillida sería declarado persona “non grata”. ¿Acaso Tindaya es un símbolo de identidad menos importante?

JOSÉ DE LEÓN HERNÁNDEZ [Arqueólogo]

Aunque son varios los que reivindican su descubrimiento, los grabados de Tindaya nunca fueron desconocidos para los mayores. Refugiados en los recuerdos permanentes de sus descendientes, los pies se escondieron de una sociedad con asuntos más urgentes o menos cismáticos. Las primeras noticias públicas contemporáneas

de su existencia fueron anunciadas por Pedro Carreño en 1979. Un año después, Dimas Martín Socas y Mauro Hernández realizaron la primera aproximación arqueológica a los grabados. Desde esa fecha son muchos los textos de especialistas de nuestra prehistoria que han ido, poco a poco, limpiando los pies descalzos y enigmáticos que dejaron sus huellas, para siempre, en la Montaña. Hasta 17 han sido los estudios específicos que hemos podido contar sobre los valores arqueológicos de la Montaña de Tindaya y muchos más aquellos estudios genéricos que de alguna u otra forma han aportado luz para desentrañar lo que otros se empeñan en despreciar.

Procedamos a una somera descripción cuantitativa y formal: en total se han encontrado 290 grabados (algunos de ellos desaparecidos, pero con constancia documental) que se distribuyen en casi 60 paneles. La cima de Tindaya se alza hasta los 401 metros de altura; los grabados aparecen a partir de los 250 metros y los paneles donde los majos grabaron los pies están situados, salvo excepciones, en planos horizontales. Los autores de los grabados utilizaron la técnica de picado. Casi todos se limitan a los contornos aunque, en algunos casos, lo que se graba, lo que se ahueca, es el interior. Estos grabados dibujan siluetas inequívocas: parejas de pies y más pies. De formas casi rectangulares, los talones suelen tener un dibujo curvo y en la parte delantera, con forma recta, se le añaden pequeñas líneas que definen los dedos. La gran mayoría —el 80% aproximadamente— dirigen los apéndices hacia un tramo que va desde los 225° a los 270°, es decir hacia el oeste y suroeste. Pero ¿qué se esconde tras estos datos?

Pasos de ida y vuelta

Los grabados de podiformos no son exclusivos de Tindaya, tampoco de Fuerteventura, ni siquiera de Canarias. Siguiendo sus

huellas, la investigación conduce a los detectives del pasado hacia los santuarios donde vivieron sus abuelos, sus primos, u otros parientes nunca lejanos. El rastro que han dejado los pies ayuda a descubrir las veredas por donde alguna vez transitamos y a contestar la primigenia y universal pregunta: ¿de dónde venimos?

En el Norte continental de África existen multitud de yacimientos donde los bereberes dibujaron pies en cornisas, cuevas y montañas. Algunos de los pies de esos grabados no están desnudos, calzan sandalias y, casi todos, aparecen junto a otros motivos rupestres. El Atlas, la majestuosa cordillera que abraja las últimas tribus bereberes, es también refugio de siluetas de pies rayados en sus rocas; y el Sáhara, tan cercano y tan olvidado, preserva en sus sombras bienhechoras pies de los antepasados de los antepasados: Tassili, Tibesti, Tiratimin, unidos a Tindaya por algo más que las analogías lingüísticas.

Paso a paso, pie sobre pie, aquellos nómadas circunstanciales se encontraron con el mar, en el éxodo colectivo que emprendieron huyendo de guerras, del hambre o de los conflictos étnicos. Y se dispusieron a arribar a la tierra mítica cruzando el mar mítico: el Océano Atlántico.

Océano, el mayor de los Titanes, que se constituyó en los confines del mundo más allá de donde Heracles plantó las columnas que limitaban el occidente conocido; Atlántida, la isla platónica que fue tragada por el mar y en la que su primer soberano, Atlas —otro titán belicoso—, dirigió un pueblo mítico y valeroso. Y es que muchas disputas de los dioses y los semidioses tuvieron como escenario las tierras y los mares situados en los bordes de la geografía conocida, donde unas Islas benignas dieron cobijo al Jardín de las Hespérides. Por ellas Heracles se prestó a sostener la inmensa bóveda celestial mientras Atlas iba a la búsqueda de las manzanas de oro.

Así pues, los mitos griegos bordearon el lugar donde los grabadores de pies habrían de llegar embarcados en pateras —aún sin vigencia la ley de extranjería—, el archipiélago todavía afortunado.

Todo parece indicar que el mismo pueblo ocupó, casi simultáneamente, dos de las Islas: Lanzarote y Fuerteventura. Por eso aparecen huellas de pies desnudos en Teguiise, en Zonzamas, en el Rubicón y hasta en Femés, donde las marcas pedestres, testigos sigilosos de cuando el amor de la mítica *Marararía* se convirtió en fuego, dirigen sus deditos pétreos hacia Tindaya. Y más pisadas grabadas en las rocas de barrancos y montañas majoreras: en Tisajoyre, el Castillejo, el Fraile, y en las piedras calladas del Pico de La Muda.

Pero ni en el Sáhara, ni en el Atlas, ni en Lanzarote, ni en otros lugares de Fuerteventura, se reunieron tantos pies como en las pendientes de la Montaña de Tindaya. Ésa es su primera y gran diferencia con el resto de yacimientos arqueológicos y con todas las montañas del mundo: cientos de pies —y *sólo* pies— tatúan su epidermis.

Leyendo los pies

Personalmente estoy en contra de que se haga el monumento de Chillida. Hay intereses ocultos. No me importaría que Chillida interviniera para arreglar lo que está destrozado ya pero... ¿Qué monumento queremos más que la propia montaña, dejando un patrimonio para nuestros sucesores?

DOMINGO RODRÍGUEZ, *El Colorado* [Timplista].

Aunque nuestros antepasados del Continente grabaran dactilares en sus montañas, no necesariamente sus firmas sellan las mismas inquietudes. Un origen común no implica una finalidad universal. Llegados a un nuevo medio, los hombres y mujeres

que poblaron nuevas tierras adaptaron al viento y a la erosión de sus montañas, sus dibujos, sus sueños, sus dioses. Su memoria.

En el Magreb, como ya dijimos, los pies muchas veces calzan sandalias. Esto ha inducido a pensar a algunos investigadores que se trataba de un ejercicio preventivo ante la picadura de insectos y reptiles venenosos. Quizás por eso, al llegar a suelo desprovisto de alacranes y serpientes, los majos descalzaron los pies. También parece demostrado que los antiguos magrebíes y saharauis dibujaron y grabaron pies como remedio mágico contra espíritus, genios y seres maléficos que causaban enfermedades que sus conocimientos no explicaban. Y en muchos lugares de paso, donde era obligatorio el tránsito de personas y ganados, los norteafricanos también imprimieron pies profilácticos para mantener limpia la zona de posibles y peligrosas eventualidades.

Por último, también hubo quien consideró que tantos pies juntos representaban pactos y uniones matrimoniales, quizás un argumento excesivamente moderno para gentes tan elementales.

Sin embargo, las investigaciones de la arqueología canaria —la gran despreciada por la clase política pro-chillidana— dirigen las miras hacia otras hipótesis que, entre otras, quizás contesten a la pregunta ¿por qué los dedos de los pies aborígenes apuntan, mayoritariamente, hacia el poniente?

Montañas, astros, muertos y lluvias

En determinados días, desde la cima de la Montaña se pueden ver otras dos elevaciones isleñas que superan el mar salado y el mar de nubes: el Pico de las Nieves en Gran Canaria y el Teide en Tenerife. Y decenas de pies parecen señalar, saludar o reverenciar a las hermosas y altivas hermanas de la madre que los sostiene. ¿Casualidades?

Nuevamente la ciencia, esta vez a través del Instituto de Astrofísica de Canarias, realizó un exhaustivo estudio sobre la orientación de los pies. Los resultados, sorprendentes, abren nuevas hipótesis de trabajo, todavía inconclusas. La mayoría de los pies se dirigen —coincidiendo con el Teide y el norte gran-canario— hacia algunos puntos astronómicos significativos: el ocaso solar del solsticio de invierno y su siguiente luna nueva, los lunasticios mayor y menor, y el ocaso de la luna llena siguiente al solsticio de verano. Evidencias medidas que refrendan que los grabadores de pies siguieron un patrón no aleatorio a la hora de situar dedos y talones.

En Fuerteventura, más que en ninguna otra isla del archipiélago canario, las lluvias significaban —y esto fue así hasta mediados del siglo xx— la supervivencia personal y colectiva. Y el solsticio de invierno abre el periodo de máximas lluvias en la isla desértica, por lo que la orientación de los pies hacia ese punto trasciende la mera casualidad. La cima de la Montaña se habría transformado, pues, en un observatorio astronómico cuya finalidad apunta doblemente al cielo: los astros y las lluvias unidos por los pies.

Que la supervivencia de un pueblo dependa, de forma absoluta, de los fenómenos climáticos, hace que su economía, su cuerpo ideológico y sus creencias religiosas se adapten a circunstancia tan definitiva y esencial. Lluvia o muerte, un dilema inevitable que el ingenio colectivo trató de resolver por todos los medios. Una colectividad predominantemente ganadera que tuvo que adaptarse a un medio hostil y limitado: los pueblos nómadas continentales solucionaban parcialmente esa contingencia buscando otros lugares más propicios, pero el medio insular —expresamente el majorero— impedía la transhumancia salvadora.

Por ello, probablemente, además de agudizar el ingenio, los majos utilizaron a sus muertos para atraer las lluvias que tapizaran los pastos. A tenor de los abundantes estudios arqueológicos, parece incuestionable que el pueblo aborigen canario creía —como otras culturas pasadas y presentes— en la existencia de otra vida más allá de la terrenal. Los podomorfos podrían representar a sus antepasados muertos, vínculos con el mundo de los dioses, los dueños absolutos del devenir, los únicos que pueden propiciar lluvias y fecundidad.



Ninguna de las hipótesis antes esbozadas es definitiva pero tampoco son contradictorias. Los astros, los muertos y las montañas conforman el universo que alumbrará y explicará las lluvias benefactoras e indispensables.

Pero al progreso irracional nada lo detiene. Ni siquiera sus propios argumentos profesionales. Se ha aprobado la ejecución de sondeos geotécnicos para comprobar la viabilidad del proyecto (algo por lo que ya hemos pagado más de tres mil millones de pesetas). Se realizarán varias perforaciones y se extraerá más de un kilómetro y medio de roca, muy cerca de los grabados milenarios, ya que “se delimitará indicando una zona de exclusión, dejándose como mínimo 1 m de separación de cualquiera de los mismos”.

Pero quizás, lo más grave sea que el informe del Departamento de Patrimonio Histórico del Cabildo de Fuerteventura advierte que

no se ha realizado un inventario exhaustivo de las estaciones de grabados podomorfos [y que] se observa que algunos de los paneles que se ubican en la cima presentan problemas de

estabilidad, exfoliación y desprendimiento de la roca base, por lo que desconocemos las repercusiones que sobre los mismos puede tener la realización de las perforaciones de anclaje para la colocación de plataformas previstas en el proyecto, así como las vibraciones que se derivan de ellas y de los sondeos posteriores⁵.

Como para echar a temblar a las conciencias y a la propia Montaña.

Algo más que grabados

Aun siendo los grabados la manifestación prehispánica más relevante de la Montaña de Tindaya y de su entorno, no es la única. Desde hace tiempo se sabe de la existencia de poblados en la base de la Montaña, que la rodean por casi todas sus partes. Estos poblados de ocupación permanente han sido parcialmente demolidos por las posteriores roturaciones de tierras y, sobre todo, por las actividades destructivas de las canteras, que han expoliado sus riquezas y nuestro patrimonio. Al menos dos de esos poblados estaban asociados a las fuentes de las que, todavía hoy, brota agua salobre pero potable, desde el interior de la roca.

Igualmente substancial es la planicie que circunda la Montaña, el Llano de Esquinzo, cuyo nombre los estudiosos de la toponimia no dudan en señalar que deriva del término bereber *Fquen*, que fue colegido por los cronistas como efequenes y que hacen referencia a “templos sagrados”. Según Torriani, se

⁵ Nos referimos al informe de Patrimonio Histórico (Consejería de Educación y Patrimonio Histórico del Cabildo Insular) que se incorpora para la posterior Calificación Territorial que autoriza los sondeos geotécnicos en la Montaña de Tindaya. Se trata, cuanto menos, de un peculiar informe puesto que —como señalamos en el capítulo “Las instituciones contra la ciencia”—, en él no se mencionan los otros valores arqueológicos de ese espacio.

trata de estructuras de piedras hincadas y de planta circular las cuales abrigan en su interior algún ídolo al que los antiguos adorarían y protegerían.

El mencionado topónimo se reparte por toda la geografía insular y los vestigios arqueológicos constatan la existencia de una de esas estructuras en las proximidades de Tindaya, en la llanura a la que daría nombre.

Más recientemente (1998) las excavaciones arqueológicas realizadas por el equipo tindaya 98, han constatado la existencia de, al menos, 12 estructuras de piedras vinculadas a numeroso material lítico, cerámica, restos óseos caprinos, conchas de moluscos y cenizas. Tales investigaciones abundan en la evidencia de que la Montaña fue un centro cultural de extraordinaria importancia para la vida de los majos y, con la cautela que precisan los hechos no comprobados, sugieren rituales u ofrendas que amplían el bagaje cultural del lugar. Además, esta investigación aportó un dato irrefutable de gran valor científico: la datación de los yacimientos verificó que cuatrocientos años antes del desembarco normando y casi mil quinientos años antes del desembarco de Chillida, los majos hicieron fuego en sus laderas.

No queremos dejar pasar por alto las dificultades que tuvo que vivir el equipo tindaya 98 (compuesto por 6 doctores en arqueología y prehistoria, 21 arqueólogos, 3 especialistas en geografía y varios estudiantes) para poder desarrollar su labor: la administración autonómica que respaldó las actividades extractivas, que regaló cientos de millones del dinero común, que apoya hasta la insensatez el vaciado de la Montaña, intentó —y lo consiguió a medias— impedir la celebración de esta actividad. A pesar de contar con ocho permisos diferentes, el Gobierno Canario mandó a la benemérita a detener el gran *expolio* y abrió expediente a once de los arqueólogos expoliadores.

Una vez más la lucha desigual, el poder creando tinieblas mientras la ciencia intenta disiparlas.

...Lo que resulta incuestionable es el extraordinario valor patrimonial de un yacimiento cuya protección y conservación ha de estar por encima de cualquier otro interés, como testigo mudo de las concepciones religiosas de una cultura que se extinguió a principios del siglo xv y de la que, desgraciadamente, tan poco se sabe.

JOSÉ CARLOS CABRERA, *LOS SÍMBOLOS DE LA IDENTIDAD CANARIA* [DOCTOR EN PREHISTORIA]

¿Por qué la Montaña?

Abundantes son las comprobaciones de que la Montaña de Tindaya se configuró como uno de los centros sobre el que giraba la vida mágica, cultural y religiosa de los majos, muy a pesar de la clase política que ha intentado evitar, por todos los medios, que tal situación lleve al traste sus fines especulativos. Pero, además de por su localización y su singularidad ¿por qué eligieron los majos a una montaña para depositar sus pies y sus pretensiones más extra-ordinarias?

Las montañas han ofrecido a los pueblos antiguos lugares favorables para la materialización de sus idealizaciones, especialmente aquellas de claras reminiscencias mágicas y/o religiosas.

En el monte Olimpo se ubicaba el palacio donde vivían los dioses altaneros de la cultura clásica que más impronta ha dejado en las civilizaciones europeas. En el Tibet, el monte Kailas es sacralizado doblemente: morada del dios Shiva hindú y pagoda de Demchog, la felicidad suprema budista, espacio espiritual compartido que también pervive en Bali, donde el Gunung Agung hermana ambas cosmologías.

El monte Sinaí ha quedado para siempre en la memoria colectiva del pueblo judío, aun cuando ni siquiera se pueda ubicar con exactitud su posición en el mapa; para los japoneses el monte Koya representa el vínculo ancestral que une al pasado y al presente a través de los muertos, refugio de bosques de cedros y bosques de cementerios. Para las tribus maoríes de Nueva Zelanda las montañas superan a los jefes en las jerarquías que los identifican como pueblo; y en Ecuador los indígenas puruas aún hoy se consideran descendientes de la unión amorosa del monte Chimborazo y el volcán Tungurahua.

Y en San Francisco, antes de que los rostros pálidos adoraran al dólar, los pueblos navajos y hopi veneraban a las montañas, proporcionadoras de hierbas para curar las heridas del cuerpo y del alma. Y el Himalaya, la madre de todas las montañas, la morada de las nieves, la fuente perpetua que nutre los ríos luego sagrados. Y el monte Kenia, donde descansa cada noche Ngai, el dios indígena de los kikuyus, después de una dura jornada protectora. Y los Andes, cuyas míticas cimas aún guardan los secretos incas que los profanadores de culturas buscan con funesta pesadez. O en Hawai, donde el Kilauea es algo más que una montaña, es una mujer que a veces riega fuego.

E historias similares a la de Tindaya aunque mucho más trágicas. En Papúa Occidental una mina está acabando con las montañas sagradas de los Amungme, un pueblo que se extingue, más bien que lo extinguen. Y es que la mina no es una mina cualquiera, es la mayor mina de oro y cobre del mundo. Explotada por ingleses y nortamericanos, el gobierno de Indonesia la ha declarado —coincidencias isleñas— Proyecto Vital, por lo que está permanentemente custodiada —la mina, no la montaña— por 6.000 soldados que no dudan en disparar a sus antiguos dueños. “Las tierras altas son muy especiales para no-

sotros. Cuando nuestros antepasados mueren, sus almas viajan a las montañas”, afirma un anciano amungme. Su explicación no ha convencido a los asesinos.



Montañas perdidas y encontradas, montañas protegidas y violadas, perfiles que han atraído nuestras miradas desde que nos pusimos de pie y empezamos, con insistencia humana, a preguntarnos. Y a exigir respuestas, no siempre satisfactorias.

Y más ejemplos cercanos: el Atlas magrebí, de donde provienen los pies, sigue siendo hasta hoy lugar sagrado para los pueblos que habitan en su seno. Y en Canarias se cuentan por decenas las alturas donde se buscaban soluciones divinas a los problemas de los hombres y las mujeres: Idate, El Teide, Garajonay, Bentayga, la Fortaleza de Chipude...

En Fuerteventura son varias las montañas a las que los estudios prehistóricos y las certezas arqueológicas atribuyen un papel que supera su importancia orográfica. Muy cercana a la Montaña de Tindaya se encuentra la Montaña de La Muda, la mayor elevación de la zona norte, espacio que comparte enterramientos, efequenes, fuentes y una cueva que llegó a nuestros días como la *Iglesia de los majos*.

En Betancuria existe una elevación desde donde se divisa La Muda y Tindaya. Los lugareños la recuerdan como la Atalayeja de las Brujas y su cima la pueblan enterramientos tumulares, abundancia de cerámica prehispanica profusamente decorada y dos grandes cazoletas circulares que las crónicas aventuran que sirvieron para ritos y ceremonias con derramamiento de líquidos para obtener fecundidades.

En el sur de la Isla existe otra montaña desde la que se divisa la Atalaya: Montaña del Cardón o Montaña Cardones, tumba de otro mito, Mahan, el gigante de los ancestros de nuestros ancestros. Rodeada también de leyendas e historias mágicas, existieron en sus cumbres complejas estructuras y cuevas excavadas y han pervivido hasta hoy dos topónimos explícitos: *El Castillo* y *El Alto de las brujas*.

Pero algo indefinido de la Montaña de Tindaya cautivó a los grabadores de pies. Y a todo un pueblo que la estableció como el más importante lugar para desvelar sus inquietudes y revelar sus misterios. El cosmos reducido a una montaña, la ligadura precisa que une a las naturalezas, el lugar que hermana a los seres humanos con los elementos, el *Axis-Mundi* majorero, la explicación a las dudas milenarias, la alianza de la tierra sedienta y el húmedo cielo. Una visión colectiva: la montaña perfecta.

Y los pies aprenden a volar...

En la Montaña de Tindaya, la presencia femenina se palpa en sus tradiciones y legados. Femenino es, al menos, el nexo que liga su pasado mágico y su presente fantástico. Las brujas juguetonas que sobrevuelan sus faldas son las herederas de las mujeres poderosas, prodigiosas e insólitas que, en los tiempos en que se grababan pies en las montañas, impartían justicias y adivinaban futuros.

Los nombres y hazañas de dos de aquellas mujeres llegaron hasta nosotros: Tibiabín y Tamonante, mujeres santas y apaciguadoras, raras avis en el contexto canario donde esas atribuciones eran cosas de hombres. Parece, no obstante, que para llegar a ese estatus semi divino en una sociedad dominada por el sexo masculino, ayudaba mucho que ya contaran con cierta

edad, próximas a la senectud, cuando se pierde la capacidad de fecundar y las mujeres, liberadas de cargas terrenales, disponen de tiempo para dedicarse a lo divino.

En cambio, aún hoy en el magreb bereber estas mujeres indómitas se hacen escuchar en los consejos tribales y reciben los nombres —más pruebas de identidad compartida— de Tigguramín o Tarrugamt.

Sacerdotisas o adivinas, el caso es que Tibiabín y Tamonante encarnan la personificación de siglos de mitos que fue creando la imaginación colectiva de su pueblo. Sin datos reales sobre dónde vivían o ejercían sus magisterios no parece descabellado aventurar que Tindaya y sus alrededores ofrecieron sus perfiles y contornos, sus luces y sus sombras, a las actividades benefactoras de éstas y otras mujeres agoreras.

Así al menos lo atestigua la tradición oral y la toponimia. En sus proximidades está la Cueva del Bailadero de las Brujas, donde —se sostiene— en noches de plenilunio iban mujeres y hombres a jugar con sus cuerpos bajo las estrellas. Y cerca de la cueva está el Bailadero de los Pastores donde —se sostiene— los niños y niñas del pueblo aprendían a bailar, en aquellos siglos sin discotecas. Y la Cueva del Fraile, el escondrijo del enigmático religioso del que se cuentan divertidas peripecias hasta que —se sostiene— desapareció misteriosamente.

Y las mismas voces sostenedoras de nuestra memoria colectiva relatan nuevos misterios:

Una noche —algo ventosa y fría— dos jóvenes regresaban caminando, desde Tefia a Tindaya. Cansados y sudorosos sus fuerzas flaqueaban tras horas trabajando las tierras del señor. Sus jornales no daban para transporte; a pesar de ello imploraban ilusiones. De repente llegaron a sus oídos rebuznos que el eco reflejaba y, tras restregar sus

ojos una y otra vez, comprobaron que ante ellos dos burras pardas les esperaban. Bendiciendo su suerte hicieron con sus fajines unos aparejos para conducirlos y avanzaron en la penumbra hasta llegar a su destino. Amanecía y cuando el alba despuntó se dieron cuenta que estaban cabalgando sobre sendos muros de piedras. En la cima de la Montaña se oyeron risas. Dicen que de brujas.

Y es que las brujas de Tindaya —siempre jóvenes y guapas, a menudo desnudas— no dedicaban su inmortal tiempo a venganzas ni maleficios. Las brujas de Tindaya vuelan, ríen, se divierten, benefician y se transforman. Y protegen la Montaña. Existe una leyenda cuyo relato evidencia que, al menos durante mucho tiempo, la Montaña de Tindaya no era accesible a las personas. Lugar sagrado, espacio esotérico, fue coto reservado para seres protectores, guardianas de sus arcanos:

Para doña María su camello era su mejor bastón, su más fiel acompañante y su más querido tesoro. A él dedicaba todos sus mimos y el camello le correspondía facilitándole transporte y ayudándole a trabajar la tierra, seca pero agradecida, de sus gavias.

Un día el camello desapareció. Doña María no se lo explicaba: un animal tan dócil, obediente y poco dado a las trastadas. Además, un camello no es un conejo y no se puede esconder en madrigueras ni desaparecer a la vista en los llanos majoreros.

A los tres días unos vecinos que habían escuchado su historia la vinieron a buscar: en la cumbre de la Montaña de Tindaya había aparecido un camello. A la Montaña, desde hacía años nadie había subido, ni hombres, ni mujeres, ni camellos. Miles de cuentos del jardín de la historia mantenían inviolables sus altos.

A base de silbidos y llamadas el camello por fin descendió hasta su dueña. Nadie lo dijo, pero todos pensaron que a la cima

de la Montaña sólo lo podían haber llevado en volandas las magias de las brujas traviesas.

Esta leyenda, contada de mil formas y escuchada de otras mil, revela que la Montaña de Tindaya era territorio poco visitado a pesar de la facilidad real para acceder a sus alturas. Los pies se transformaron en escobas y a ellas se subieron las brujas que, de tanto en tanto, recordaban a las personas que la historia existe aunque no esté escrita.

Las brujas se hacen notar, quieren que todos las tengan siempre presentes pero que no descubran su presencia. Cuando alguien profana su invisibilidad se enfadan y, aunque no constan daños físicos, a veces se han visto obligadas a amenazar para preservar su existencia.

Cuando llegan, los conquistadores no sólo precisan poseer tierras y vidas; también deben dominar las creencias. Los centros culturales y religiosos de los colonizados también deben ser vencidos. La mayoría de los centros rituales de Canarias con abundancia de grabados son inmediatamente cristianizados: en sus accesos, en sus caminos, al lado de las huellas que denotaban ritos ancestrales, se graban cruces, los símbolos de la nueva religión. En Tindaya, que sepamos, no. Pero a las brujas les ha costado más de un disgusto:

Animado por sus deseos de diversión un hombre se dirigía al baile de las fiestas de Tindaya. A medida que avanzaba cada vez oía la música y veía las luces festivas con mayor nitidez. Pero por mucho que avanzaba no llegaba a su destino. Pasaron horas cada vez más angustiosas: pasos que caminan, luces que retroceden.

Alarmado, empezó a desconfiar y se encomendó a sus plegarias. Dibujó una cruz en el suelo y clavó una navaja en el centro que

unía los imaginados maderos. De súbito le apareció una bruja y le advirtió —muy seriamente— que no la descubriera porque si no ella le daría otro destino a su navaja.

Hace cientos y cientos de años que los pies salieron de algún lugar del desierto del Sáhara o de la cordillera del Atlas. Allí habían llegado no se sabe muy bien de dónde. Y un pueblo acabó subiéndolos a una montaña. Y desde allí conquistaron el cielo, las ilusiones y los temores. Un viaje casi infinito que puede acabar en estos días tan materiales.

Las instituciones contra la ciencia

En 1996 se forma la Comisión de Estudio de la Montaña de Tindaya, a instancias del Cabildo Insular de Fuerteventura. Su portavoz fue el Catedrático de Prehistoria Dimas Martín Socas y estuvo formada por seis expertos —catedráticos y doctores en derecho administrativo y prehistoria—, quienes firmaron un informe que no admite lugar a dudas. La Montaña, declarada ya Monumento Natural, “reúne un conjunto de valores plurales de diverso signo, cuya conservación no parece compatible con el aprovechamiento minero de los recursos naturales, o con la realización de movimientos de tierra y procesos urbanísticos”. Dicho informe fue enviado directamente a la gaveta donde cohabitan el olvido y la corrupción.

Este informe debería haber detenido cualquier intento de intervenir en la Montaña para modificar sus condiciones naturales. El punto sexto del documento instaba al Cabildo Insular a “que adopte con *celeridad* la iniciativa para la calificación adicional de la Montaña de Tindaya como *bien de interés cultural*, en la modalidad concreta de Zona Arqueológica (y sitio histórico) por razón

de los grabados podomorfos de la cima, los yacimientos arqueológicos de las laderas y de la base y por constituir *en su conjunto la Montaña* un lugar vinculado a los usos, costumbres y ritos mágico-religiosos de la población...”.

Hemos resaltado en cursiva tres aspectos del documento que son sintomáticos del interés con que las instituciones se toman a los científicos que informan en contra de sus intereses. ¿Celeridad? Esto fue escrito en octubre de 1996. Ocho años más tarde no ha resuelto ningún expediente para la declaración de la Montaña como BIC.

Y no considerar al *conjunto de la Montaña* como espacio indivisible es una constante institucional desde los inicios de la polémica. El informe que realiza el departamento de Patrimonio Histórico para la viabilidad de los sondeos geotécnicos en la Montaña no menciona, en ningún momento, ninguna de las otras evidencias arqueológicas que son conocidas, detalladas y estudiadas desde hace mucho tiempo. Un despiste científico que implica que los trabajos y sondeos se puedan realizar sobre yacimientos ancestrales.

Uno de los ponentes de aquella comisión de estudio de la Montaña de Tindaya, Ramón Martín Mateo, realizó las siguientes manifestaciones: “Todavía hay gente que habla de la Montaña con mucho respeto. Guarda un valor simbólico”. Pero sobre todo sentenció: “No se puede hacer la obra si no cambian la ley que han aprobado las propias autoridades canarias. El aprovechamiento minero, la excavación, es incompatible con la catalogación de por Ley de la Montaña como Monumento Natural”.

Encerrado en el laberinto de sus propias legislaciones, el poder impúdico actúa con rapidez y obscenidad: como des-catalogar su protección como Monumento Natural supondría una perversidad sin precedentes, optaron por el plan B, aprobar unas

Normas de Conservación a la medida de la especulación. Especialmente indignante era la propuesta del artículo 7.5 que, relativo a los usos autorizables, bendice “las extracciones mineras en el espacio interior del Monumento Natural [...] cuya ejecución sea parte de la construcción de un equipamiento de ocio general...”. Sólo les faltaba añadir: *y que lleve la firma de Chillida*.

Tal propuesta, como no podía ser de otra manera, fue rechazada —diciembre de 1996— por el Patronato Insular de Espacios Naturales, donde los representantes del Gobierno Autónomo —técnicos de Medio Ambiente— Carlos Alba y Asunción Delgado, votaron en contra de tal dádiva legislativa, razón por la que fueron fulminantemente destituidos, a instancias del parlamentario majorero de cc José Miguel Barragán, quien dio una lección magistral de cómo funciona el sistema: “con sus votos, estos representantes han actuado en contra del Gobierno de Canarias, del proyecto de Chillida y del Parlamento de Canarias, máximo representante de la soberanía del pueblo de estas islas”. Por si quedaba alguna duda, estos ogros antidemocráticos que conspiraron contra la soberanía del Archipiélago “no han tenido la ética de diferenciar entre su trabajo” (obedecer sin criterios profesionales) y sus opiniones personales” (o sea, que su oposición a que la Montaña pudiera seguir siendo presa de extracciones era un puro capricho de intelectuales).

En diciembre de 1997, el Patronato volverá, otra vez, a rechazar las normas de conservación que, en el ínterin, habían sido aprobadas. Rubricaba con su firma tan singular medida de protección una tal María Eugenia Márquez Rodríguez, entonces Consejera de Política Territorial y Medio Ambiente, en los albores de una relación íntima entre las derechas de las dos provincias.

Por supuesto, las reacciones no se hicieron esperar. Los movimientos sociales, ecologistas y profesionales denunciaron la

perversión normativa ante el Tribunal Superior de Justicia de Canarias que, a día de hoy, sigue sin pronunciarse (atareados que están los muchachos).



Sería algo tedioso ofrecer un listado de expertos que, en todas las materias relacionadas con la Montaña, se han manifestado a favor de su protección y se han opuesto al Proyecto de Chillida. Arqueólogos, geólogos, botánicos, biólogos, historiadores, edafólogos, coinciden —desconocemos las excepciones— en que la Montaña es cultura, es naturaleza, es historia, y que no precisa monumentos megalómanos para aumentar sus bellezas y sus valores.

Fuerteventura tiene valor en sí misma. No hace falta generar ninguna oferta turística adicional. Su recurso principal es su paisaje. No necesita parques temáticos, ni campos de golf ni, por supuesto, monumentos en sus montañas [JUAN MIGUEL TORRES, DOCTOR en Ciencias Biológicas].

Sirva como muestra un botón del neceser de la ciencia. Antonio Tejera Gaspar es catedrático de Arqueología de la Universidad de La Laguna. En una entrevista publicada en una revista semanal de ciencia y cultura —nada de turismo—, al señor Tejera le preguntan por Tindaya. Éstas son, en síntesis, sus consideraciones:

El patrimonio es un punto de referencia para la identidad de una comunidad y cómo se cuida o se descuida el patrimonio

es un buen reflejo de sus gobernantes y sus habitantes. Tindaya es un ejemplo. La Dirección General de Patrimonio y la Comunidad Autónoma, en vez de oponerse a cualquier obra que se pretendiera realizar en Tindaya, ha facilitado toda la labor posible y ha sido un motor de ese proyecto. La obra de Chillida afecta al yacimiento de forma importante. En todo el entorno no se puede hacer nada porque supone una agresión a la montaña. La Comunidad Autónoma y Patrimonio tenían que haber paralizado cualquier proyecto hasta que no hubiese un informe de los técnicos. Y ese informe no existe todavía aunque parece que el Cabildo de Fuerteventura lo va a encargar. Primero hacen el proyecto con Chillida, se expropian unos terrenos, se gastan un montón de dinero en eso y en hacer una exposición de 60 millones y ahora encargan el informe. El mundo al revés.

A las palabras doctas de la ciencia, los oídos ignorantes de la política.

Razones para asesinar un mito

Todo lo mencionado en el capítulo relativo a los valores de la Montaña es pura especulación intelectual, sueños sobre sueños que la confabulación anti-progreso ha mantenido vivos para alimentar el mito que la incordia sobremanera.

Leyendas, grabados, astros, poblados, efequenes, concimientos, historia. Muerte y vida. Conceptos primitivos propios de indígenas incivilizados. La cultura es otra cosa. La cultura es un cubo de 50 metros de lado donde observar, pagando, la luz de la luna y del sol que afuera, gratis y po-

pular, deslumbra tanto⁶. La cultura es europea, muy blanca y muy moderna, y asesina mitos rebeldes que han levantado barricadas contra las vanguardias escultóricas. La cultura es la coartada pero ¿cuál es la motivación homicida?

Con perdón de los lectores, he aquí el móvil del crimen:

Se trata de material de naturaleza traquítica a cuarzotraquítica, cuyo análisis petrológico muestran una composición básica de feldespatos alcalinos idiomorfo en formas alistonadas isométricas o prismáticas, con tendencia a presentar agrupamientos de cristales de mayor tamaño. En menor proporción se presentan otros materiales micáceos, férricos y de manganeso. Así mismo se presenta el cuarzo en forma de relleno intersticial⁷.

Traducimos: *dinero, mucho dinero.*

Un estudio elaborado por Consulgest afirma que la inversión prevista —8.500 millones de pesetas— se recuperará en 12 años, y que en 30 años los beneficios netos serían de 40.000 millones. Lo curioso es que tales beneficios, durante 50 años, serán para la empresa explotadora del monumento, no para el pueblo de Fuerteventura ni para el de Canarias.

⁶ Todo ello si no consideramos una tremenda falacia incluida en el Proyecto. Según las mediciones hechas por los expertos, la luna nunca pasará por el cubo de Chillida. Desde su interior es imposible verla, ya que pasará cerca, pero no sobre el cubo, cada 16 años. Los cálculos expuestos en el Proyecto sobre el sol también están mal realizados.

⁷ Éste es un extracto del *Informe y Valoración sobre las Explotaciones mineras en Montaña de Tindaya* elaborado por la Consejería de Economía y Hacienda del Gobierno de Canarias (1995). En él se estimaba en 1.901 millones (Cabo Verde) y 354 millones (Canteras Arucas) el valor de las explotaciones. Todo ello a pesar de que durante 1992, 93 y 94 la actividad extractiva de Cabo Verde en esa concesión minera (Chantal nº 23), fue muy limitada. Este aspecto, crucial en cualquier valoración oficial que se precie, no fue tenido en cuenta en el informe.

Recordemos cuál es el principal argumento demagógico que se ofrece para vaciar la Montaña: la Isla será conocida mundialmente (no como ahora) y a más conocimiento, más turistas, y a más turistas, más dinero. El silogismo queda reducido: cultura igual dinero, lo de menos es para quién. En el colmo de la previsión económica, el acuerdo con la empresa explotadora del monumento había incluido una cláusula de garantía —envidia de jugadores galácticos— según la cual “el Gobierno garantiza un número mínimo de visitantes por año, por si hubiera una crisis turística.”

Recibir más turistas, ampliar el negocio, vender la tierra, a-culturizar la Montaña, dejar de ser nosotros. Dentro del saco de las genialidades auspiciadas por el poder pro-chillidano queda también una idea nunca desarrollada pero presentada públicamente por la Consejería de Cultura del Cabildo majorero en 1999. La idea, la creación en Tindaya de una escuela taller que consiga que “estos mismos jóvenes estén bien preparados y cualificados para ofrecerse a trabajar en el proyecto de Chillida una vez comience a ejecutarse y también para afrontar la avalancha de visitantes y turistas que vendrán con él y a los que habrá que acoger y atender. Tanto la montaña como su entorno más cercano se convertirán en un importante centro de atención turística mundial”.

La peregrinación turística hacia la caverna grandilocuente de Chillida: ése es el objetivo cultural de nuestros administradores. Y es que, de un tiempo a esta parte, la cultura en Canarias ha unido su destino a la gallina turística de los huevos de oro que tantas yemas putrefactas ha ido depositando en nuestra natura y cultura. Para el año 2005 el presupuesto del departamento de cultura del gobierno ultraperiférico no llega al 1% del total. Nada nuevo en este terreno. Lo más llamativo —y aterrador— es que un alto porcentaje de ese ínfimo 1% se dirigirá a promoción turística: *Visite Canarias, naturaleza cálida y cultura cara que lo dejará frío.*

Arte y artista

Chillida pretende instalar su obra en un espacio natural protegido por su valor ecológico, histórico y antropológico [...] ¿Acaso hay mayor tolerancia que tolerar lo espontáneo como es? ¿Acaso el arte humano no es más arte cuando no hace peligrar al de la naturaleza?

JOAQUÍN ARAÚJO [Periodista.
Premio Nacional de Medioambiente]

Hay dos fotos a las que les separan algunos años.

En la primera un grupo de hombres trajeados y encorbata-dos, todos con rictus serio, miran fijamente la maqueta de una montaña, una montaña totalmente entera. Sus expresiones son las caras que los políticos ponen ante las situaciones que les importa un carajo. Miradas fijas que no están mirando, mentes de a-saber-qué-estoy-pensando. Son presidentes de instituciones, arquitectos, constructores y otros personajes secundarios que miran por encima de los hombros de los hombres importantes. Sólo hay uno que desentona (o quizás son todos los demás los que desentonan). Está despeinado, de su cuello cuelgan unas gafas y es artista. Es el único que esboza una sonrisa, una sonrisa cariñosa. También es el único que realmente está viendo y mirando. Por cierto, la maqueta, la Montaña, está rendida a los pies de todos los fotografiados.

En la segunda, el artista está solo en la sala (los políticos y constructores han desaparecido) aunque le sigue acompañando la maqueta de una Montaña, ahora partida en dos. Se nota que está posando pero, lejos de restarle, aumenta su dramatismo. Le siguen colgando las gafas del cuello, continúa despeinado y, a primera vista, parece que mira hacia la maqueta. Pero sus ojos ya no se posan sobre la Montaña. Su vista está perdida, su tiempo se acaba y él ni siquiera lo sabe. La

Montaña terminará por sobrevivirle. Por cierto, la maqueta, la Montaña, ya no está a sus pies.

Para entender la actitud del artista, en los años del sueño Tindiayo, no se puede obviar una circunstancia definitiva. Chillida estaba enfermo, enfermo de alzheimer. Esta tormentosa enfermedad afecta irremisiblemente a la capacidad de recordar, a la de reconocer y hasta la de discernir. No es una disculpa, es una posible explicación. Una explicación de la diferencia en las fotos, una explicación para poder comprender cómo meterse en un callejón sin salida o en un cubo en el interior de la Montaña, una explicación para entender que los guirres despliegan alas protectoras sobre Tindaya pero que los buitres despliegan alas sobre aquellos a los que reconocen que están heridos

Chillida llegó a Fuerteventura y le enseñaron la Montaña. Él no la encontró, se la encontraron. Pero la historia comenzó, según parece, por un sueño: el sueño del artista, la pesadilla que ha dejado insomne al mito.

Jorge Guillén escribió un verso: “lo profundo es el aire”, y, aunque después de darle muchas vueltas, muchos humanos prosaicos no le vemos la mínima relación, parece ser que el aire es el vacío, y el vacío hay que hacérselo a una montaña. Y lo de menos es que esa montaña tenga nombre, historia y *currículum vitae*. El artista tuvo un sueño y los sueños de los genios están para cumplirse. Sus palabras: “los ecologistas no entienden nada de ecología, no saben de lo que hablan. La montaña que yo quiero excavar no produce ningún mal ecológico. Me resultaría muy frustrante no poder realizarlo, porque creo que se trata de una idea brillante y del todo inédita”. Su obcecación fue su gran error: no comprender que hasta los grandes artistas como él quedan empuñados al pie de la montaña de los pies.

Abrumado por multitud de críticas, el artista duda, fruto de “una oposición, difícil de evaluar ahora su verdadera importancia, pero suficiente para mermar mi entusiasmo hasta desistir en la realización de la obra”.

Días después de estas declaraciones, con la contumacia que genera la posibilidad de pérdida del agiotaje, el poder reacciona. “Voy a convencer *por todos los medios* al señor Chillida para que esa obra se haga *por encima de todo*.” El que pronuncia esta sentencia no es un matón pendenciero, ni un intermediario camorrista, ni siquiera un fanfarrón barriobajero. Se trata de un constructor metido a político que los contubernios indemostrables, pero siempre legales, auparon a Presidente de la República Ultraperiférica de Canarias: Manuel Hermoso Rojas.

Este apoyo, más el apoyo de la camarilla política adicta a la lisonja y a la veneración, supuso un giro radical en el autor quien, tres años después, ya puede evaluar a la oposición: “unos cuantos gamberros e incultos que no saben una palabra de arte”.

Chillida se explayó:

Allí [es decir, aquí] existe gente con muy mala leche que quiere desvirtuar el proyecto. Por unas razones u otras, unos cuantos, que se hacen llamar ecologistas, comenzaron las protestas. Estos críos ni se han enterado que yo he parado una central nuclear en el País Vasco.

Palabras por las que nunca se disculpó el artista sublime pero que merecieron riadas de contestaciones, desde luego mucho más educadas. Decenas de cartas al director en los periódicos, artículos de opinión de expertos —y de comunes mortales— quienes se sintieron ofendidos por este exabrupto indigno de alguien que jura y perjura que su monumento en la Montaña es un Monumento a la Tolerancia. Sirva como ejemplo la si-

guiente respuesta de un columnista: “Si a quien está en contra del desmonte de una montaña se le considera un gamberro y un inculto, para quienes arrasan por ellas pisoteando la identidad de miles de personas, todavía no ha definido un término lo suficientemente duro la Real Academia de la Lengua”.

También tuvo, como no, sus apoyos. El entonces Presidente del Cabildo Insular de Fuerteventura, Ildelfonso Chacón, pidió públicamente que cesara la campaña contra el monumento y el artista, por “injustificada y virulenta”.

En algo tenía razón Eduardo Chillida. Enfadado contra los incultos, aseguró que el proyecto se haría aunque él no lo viera. En eso están sus herederos intelectuales y no tan intelectuales. En el empeño de realizar la faraónica obra y en el inaudito salto sin red que supone realizar una obra de arte sin artista, una creación sin creador. Un Chillida sin Chillida.

Sobre el arte circulan todas las subjetividades pero, al igual que en las disciplinas formales, hay unos mínimos evaluables, unas pautas imperceptibles a los neófitos cuyas opiniones, nunca despreciables, se limitan al efecto que la obra ha dejado en sus sentidos. Hemos intentado demostrar que los valores culturales y naturales que conforman la vida y el mito de la Montaña imposibilitan cualquier intervención que la aniquile. Pero el arte también tiene especialistas, personas expertas que dedican su profesión o su ocio al estudio de esta habilidad humana, a la investigación de los procesos creativos o a ejecutar sus destrezas plásticas, gráficas o de cualquier otra índole.

Es éste, quizás, el único terreno donde existe diversidad de criterios. Pero, lejos de la difundida idea de que el mundo del arte ha apoyado unánimemente la obra de Chillida, las hemerotecas rebosan de opiniones que disuadirían a cualquier artista de emprender tal homicidio mítico y orográfico. Ejemplos:

Viene Chillida y se le pone el mundo en sus manos. Yo nunca estoy en contra del arte, y menos de Chillida; pero para conservar Tindaya no es necesario vaciar la montaña. En ninguna parte le han ofrecido una montaña y tenemos que ser nosotros, los canarios, los que se la pongamos a sus pies. ¿Le darían las de Iqualdo o Urgull en San Sebastián donde él vive? [PEPE DÁMASO, Artista].

Una escultura, por definición, tiene volumen. Vaciar una montaña, por definición y sensatez, es un atentado. No vaciemos Tindaya, llenémosla aún más, promocionemos su conocimiento y divulguemos sus misterios, sintámonos todos orgullosos de sus tremendos y únicos valores [FERNANDO MARTÍN, Catedrático de Historia del Arte].

Es una alteración de la naturaleza, y la modernidad es conservar esa naturaleza y dejarse de ese tipo de artificios. Ni en Tindaya ni en ningún otro sitio. Eso es montar una nueva Disneylandia perenne, y es lo de siempre, viene un señor de fuera y se le permite lo que se le niega a los canarios, porque sepa usted que en Canarias hay grandes escultores que podrían hacer obras para conservar Tindaya. No hay nada peor que poner una idea tonta en movimiento. Y, además, se hará en nombre de la cultura. No le quepa duda de que es una agresión a la naturaleza, una actitud que va en contra de la idea misma de modernidad, y es irreversible, algo que se lamentará en el futuro [MATÍAS DÍAZ PADRÓN, Historiador del arte y conservador del Museo del Prado].

No voy a enumerar las razones por las que Tindaya debe permanecer como está. Los expertos ya se han ocupado de ello. Es más, creo que Tindaya debe permanecer como un símbolo de final de siglo, del cambio de conciencia que el hombre está experimentando en contra de las dificultades que se le oponen.

Un símbolo de coherencia entre el hombre y su medio. Chillida sí, pero no en Tindaya [MAGDA LÁZARO, Directora de galería de arte].

No sé para qué quiere hacer ese agujero inmenso. No sólo va a cambiar la montaña o el pueblo de Tindaya, sino toda la isla. Dicen que traerá más turismo. ¿Más todavía? ¿Para qué? [ENRIQUE NACHER, Fotógrafo y escritor].

Al intervenir en el territorio da un salto ontológico pero no se da cuenta de que no se pueden hacer obras en el espacio público del mismo modo que se hacen obras de carácter íntimo. Chillida no se da cuenta de que el paisaje está construido culturalmente. Ve la montaña como un problema estrictamente formal y de este modo incurre en el kistch. Chillida lo plantea como un homenaje a la humanidad pero el espectador de esa obra no será la humanidad sino el turista [JOSÉ DÍAZ CUYÁS, Director de la revista de arte *Acto*].

Tindaya debe continuar en su estado primitivo, altiva y hermosa, tal y como nos la legó la naturaleza. Tindaya: ¿ficción, utopía, sueño, especulación? Estas islas nuestras, desde siempre asaltadas antaño por bandidos y piratas, hogaño por depredadores del siglo veintiuno [JOSÉ JUAN MÉNDEZ, Poeta y ensayista].

El proyecto de Tindaya forma parte de esa escenificación del paisaje que los políticos locales creen necesaria para atraer al turismo [...] pretende convertir la montaña en escenario, desnaturalizándola. Pretende crear un supuesto *espacio para la tolerancia*, en palabras de Chillida construyéndolo a base de grandes dosis de corrupción y sobre una gran oposición ciudadana. Pretende crear una enorme escultura pública para constituirse en espacio de representación del capital [ADRIÁN ALEMÁN, Artista].

Y una incógnita nunca despejada: si Chillida tenía tanta sensibilidad ¿por qué no hizo lo que hemos hecho los amantes de la Montaña desde que le plantamos los pies? Contemplarla, subirla y bajarla, tocarla, acariciarla. Y, sobre todo, respetarla.

Colección de mentiras y otras joyas

Aunque cueste creerlo, no consideramos inevitable el destroz de Tindaya, ni antes ni ahora. Existen otros caminos para preservar un territorio que el buscar un salvador famoso.

CARLOS NOVALES

En diciembre de 2004 la prensa anuncia que se inician los sondeos geotécnicos de la Montaña. Definitivamente le abren las heridas. Lo curioso es que, casi diez años antes, el poder político aseguraba ya que “los informes geológicos desechan cualquier inconveniente técnico y ahora podemos decir, *tras una investigación exhaustiva*, que no hay problemas en lo que se refiere al aspecto de minería”. Son palabras del entonces Director General de Patrimonio Juan Carlos Domínguez, el mismo personaje que afirmó que la obra de Chillida no afecta para nada a los grabados y que “el entorno es algo que está alterado desde hace siglos, no es el que conoció la cultura de los Majos. Y además es un entorno deteriorado, un asquito de entorno”. Dejando de un lado las impresionantes valoraciones científicas del máximo responsable del patrimonio histórico canario (que el Señor nos coja confesado) afirmamos que mintieron entonces, intentaron engañarnos con estudios inexistentes que, sin embargo, pagamos entre todos.

Manteniendo encendido el fuego de las falacias sobre los estudios geológicos, un año después de la anterior declaración, José Miguel Barragán —parlamentario majorero de cc— ase-

guraba que “el Gobierno tiene en su poder un informe de una prestigiosa empresa española de prospecciones mineras que asegura que la obra de Chillida es factible”. Este misterioso informe nunca vio la luz pública. Una pena, porque marcaría un hito en la historia de las prospecciones geológicas mundiales: confirmar el vaciado de una montaña sin realizar ni un minúsculo sondeo. Por cierto, que el parlamentario afirmó, con la misma rotundidad, que antes de finales de año se iniciarán las obras “porque se trata de un proyecto vital para el desarrollo turístico de Fuerteventura”. Corría el año de 1998, las obras, afortunadamente, no se han iniciado y, en contra del pronóstico del político, el turismo en la Isla mantiene toda su terrible y desarrollista vitalidad.

Mentiras. Se mantiene sin sonrojo que los defensores de la Montaña no habíamos dicho esta boca es mía hasta que Chillida puso sus ojos y sus desvelos en ella. Envidiosos y negativos, nuestra única intención es que Fuerteventura, Canarias (y el mundo civilizado) no prospere. Acudir a las hemerotecas es desmontar su falacia.

Ya en el año 1984, un artículo en el extinto *Diario de Las Palmas* advertía del daño irreparable que las canteras estaban ocasionando a la Montaña. Explícito, el título del artículo no dejaba lugar a dudas: “Otro atentado en Fuerteventura. Dentellada a Tindaya”. En años sucesivos, especialmente desde el año 1990 hasta 1995 —año en que se empieza a plantear el vaciado de la Montaña como pretendida obra de arte— el colectivo ecologista Agonane y varios especialistas en arqueología denunciaron una y otra vez (existen más de 30 noticias de prensa) el continuo expolio al que estaban sometiendo a la Montaña. No sólo denunciaban; también aportaron numerosa información inédita sobre los valores desconocidos de Tindaya y su entorno: su im-

portancia geológica, los yacimientos de su base o la presencia de espacios rituales que indicaban un rudimentario pero eficaz conocimiento del cielo y sus astros. Los dioses que explicaban el tiempo y su existencia.

El propio Chillida termina por creerse las mentiras y este desconocedor absoluto de las luchas ecologistas contra las agresiones a la Montaña, y de su historia, se destaca con hirientes declaraciones que avivan las falsedades:

Dicen que quiero destruir la montaña, cuando lo que estoy planteando es salvarla, pues ha sido atacada por muchas veces, y nadie ha dicho nada. Las canteras sacan piedras para venderlas. Concesiones que no sé quién daría, pero ante las que los ecologistas, sin embargo, no decían nada.

Los siguientes titulares periodísticos, rebaten las mentiras:

—*Agonane pide la protección de la Montaña de Tindaya, en La Oliva* (16/II/990).

—*Agonane denuncia al Cabildo por “atentado arqueológico” en la montaña de Tindaya* (12/V/1992).

—*Continúan las extracciones en la montaña de Tindaya* (1/IX/1992).

—*Agonane exige un Plan de Protección para la Montaña de Tindaya* (25/IV/1993).

—*Reprochan a Patrimonio el expolio de Tindaya* (19/IX/1993).

—*El grupo ecologista Agonane denuncia nuevos atentados contra la Montaña de Tindaya* (16/III/1994).

—*Denuncian el saqueo de los grabados podomorfos de Tindaya* (16/III/1994).

—*En Tindaya también se adoró al Sol* (4/IV/1994).

—*Las constantes agresiones en Tindaya* (5/VI/1994).

Así pues, la pretendida confabulación anti-progreso firmada por ecologistas, arqueólogos y otra gente de semejante y denostada calaña, ya operaba antes de que la obra del escultor vasco funcionara como tapadera para seguir con el despojo del lugar y amparar lucrativos negocios.

¿Negocios? Durante todo ese tiempo pre-chillidano, mientras la confabulación anti-progreso denunciaba las extracciones mineras de Canterías Arucas y Cabo Verde, el poder político les facilitaba, una y otra vez, sus actividades destructoras. El Cabildo Insular de Fuerteventura proyectó entonces (1992) la creación de una empresa mixta para las canteras de piedra en la Isla, con especial incidencia en Tindaya. El argumento de mayor peso: la creación de puestos de trabajo, el chantaje continuo que no ha perdido vigencia.

Y, por otro lado, el argumento imposible, la tesis esperpéntica que hizo suerte entonces y que se ha mostrado como la mayor razón para la ejecución de las barbaridades contra la Montaña: intervenir en ella —con canteras o monumentos— significa protegerla. Aunque suene a broma, no lo es: la denominada Plataforma de Apoyo a Tindaya sostiene que “Realizar el proyecto monumental de la montaña de Tindaya es también salvarla. Salvarla de una agonía lenta por extracciones de piedra y salvarla del abandono. Este proyecto es el punto final a las agresiones que históricamente ha venido sufriendo con las extracciones de piedra ornamental en su superficie”. Nos asalta una nueva duda, ¿dónde estaban todos en los años en que Chillida no había puesto sus ojos en Tindaya?, ¿cuándo defendieron a la Montaña en los tiempos de las *agresiones históricas*?

Aun así, ingenuos, crédulos y amnésicos podrían caer en su telaraña, pero es que ya en 1992 (año de la celebración de

un mito anti-mitos: el descubrimiento de América), un portavoz nacionalista —firmante del anterior manifiesto— dijo en la prensa canaria sobre Tindaya: “el interés de las empresas extractoras de piedra ornamental es totalmente legítimo. De esta forma, razonada, se pueden compatibilizar los intereses sociales que puedan surgir de la explotación de piedra ornamental al tiempo que conservamos nuestro patrimonio”. Aunque parezca lo contrario no era el principal accionista de una cantera, ni siquiera el Consejero de Industria del Cabildo Insular sino el entonces Consejero de Cultura, quien manifestó tal insostenible equilibrio entre agujerear la Montaña y conservar y promocionar sus valores.

Por si acaso quedara atisbo de duda sobre la imposibilidad de congeniar protección de nuestro patrimonio y ayudar a los negocios de nuestros amigos, María Antonia Perera, arqueóloga y una de las mayores concededoras de la Montaña, presenta una ponencia en 1995 en las *Jornadas de estudio sobre Fuerteventura y Lanzarote* donde denuncia que

existen cuatro áreas donde se documenta material arqueológico de la cultura aborigen. Dos de ellas se encuentran afectadas por extracciones mineras. El yacimiento de la cara W está afectado por los trabajos que desarrollan las empresas Cabo Verde y Canterías Artesanales Arucas. La primera de ella arruinó la zona fértil donde se ubica y dañó irreversiblemente otra parte del yacimiento. De esta zona un pastor de Tindaya, el Sr. Francisco Mosegues, recogió de la superficie, un día después de utilizarse dinamita para explosionar la montaña, un fragmento de ídolo antropomorfo. Más al SE, opera la empresa Cantería Artesanales Arucas, quien afectó con su infraestructura el yacimiento y destruyó una estructura de planta oval fabricada

con piedras hincadas⁸. En el hermanamiento entre negocios extractivos y la defensa de nuestra cultura, los unos recogían dividendos y los otros cachitos de cerámica y dioscellos machacados por palas y dinamita.

Y una última mentira. Más que mentira, una tremenda estupidez, un cóctel de impostura y estulticia. Varios voces favorables al monumento de Chillida han manifestado —sin ruborizarse— que si los ecologistas hubiesen existido en épocas pretéritas no se hubiesen podido construir ni las pirámides de Egipto, ni la Muralla de China. Dejando de lado las burdas comparaciones a-históricas, desconocemos qué hubiese podido ocurrir si en Egipto hubiese operado el colectivo ecologista “Salvemos el cocodrilo sagrado” o, en China, la federación “Por un oso panda libre”. De lo que estamos seguros es que no se hubiesen construido tales alardes fastuosos de no haber existido faraones y emperadores. Ni esclavos.

Se autodenominan ecologistas y eso parece que les da derecho a mentir e insultar. Mienten cuando en sus panfletos llevan fotos trucadas. Mienten cuando relacionan Tindaya con la destrucción del patrimonio arqueológico. Mienten e insultan. Insultan a los que están a favor del Proyecto. Insultan a los políticos elegidos democráticamente por el pueblo. Lo suyo, claro, es chillar. Fascismo verde, ecofascismo [JOSÉ ARMAS, Director del periódico *Crónica de Fuerteventura*].

⁸ M^a A. PERERA BETANCOR: “La Montaña de Tindaya: valor natural, valor cultural. Análisis legal”, vii *Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote* (18-22 de septiembre de 1995), 1996.

Las enseñanzas de Tindaya: curso autóctono de un robo

Y a lo que siempre me opondré es a que pueda haber el menor movimiento especulativo con la Montaña.

LORENZO OLARTE [Vicepresidente Ultraperiférico y Consejero Turisticolombófilo. Soltador de sentencias y de palomas. Presunto inocente]

Si algo hemos aprendido del caso Tindaya es que, por si quedaba alguna duda, el aplatanamiento y la secular indolencia que se nos atribuye como pueblo, carece de base empírica. Por lo menos en lo que se refiere a nuestras élites, que han demostrado que el pelotazo no es una invención ibérica y que, en conocimientos de corruptos entramados financieros, nada tienen que envidiar a Filesas, Gescarteras y otras chicas del montón.

Horadar la montaña y sacarle el corazón para ofrecerlo, como un azteca a los alisios y a la nada; realizar ese sacrificio ritual para ofrendar al arte exclusivamente o al capricho político... convierte lo sagrado en mercancía. No defenderé nunca que la montaña esté desprotegida al albur de guirres rapaces o alimoches tragapiedras, que la destazan impíamente en sus ansias económicas. La montaña es el templo secular y sagrado de los majoreros [R. ROLDÁN VERDEJO, Catedrático de Historia del Derecho, Investigador].

No es objeto de este ensayo, defensor de mitos incorpóreos, marear al lector con sinuosidades económicas. Tampoco bajaremos a las alcantarillas, donde todo se cuece, de los despachos políticos con monarca al fondo. Sobre la trama y entresijos artístico-especulativos, les invitamos a leer el mejor y más clarividente ensayo sobre el caso Tindaya: “La Maldición de la

Pirámide. O la perversa traición al escultor Eduardo Chillida”, obra de la profesora María Isabel Navarro Segura⁹.

Sólo algunos datos para que se entiendan los magistrales y divertidos párrafos obtenidos del diario de sesiones del parlamento canario, *Santa Sanctorum* de la elocuencia y la facundia.

Cabo Verde, una de las empresas destructoras de la Montaña, apenas sacaba piedra de Tindaya desde hacía algunos años. Sus problemas económicos eran profundos. Tanto que el Banco Central Hispanoamericano encargó una investigación secreta. Los resultados, contundentes: la mayoría de los bienes, cuentas y propiedades de la empresa estaban hipotecados o embargados (algunos varias veces). El presidente y consejero delegado de la empresa era Rafael Bittini Delgado, amigo de Lorenzo Olarte, aunque este último dato carezca de la menor relevancia.

En vez de expropiarse, se pagó, y muy bien, por el rescate de la concesión minera. La empresa recibió, por un verdadero edificio de ingeniería financiera, cientos de millones de pesetas. Además, se reservaba la posibilidad de recuperar la concesión, de comercializar la piedra extraída y de participar en la construcción del monumento. Una comisión de investigación descubrió que 1.960 millones de pesetas que el Gobierno abonó a las empresas NECSO y FCC, se invirtieron en la compra de acciones de la sociedad que tiene los derechos mineros sobre la montaña, Cabo Verde. Unas acciones que esta empresa ya había vendido con anterioridad al propio gobierno.

Fue el principio de una espiral de corrupción que llegó a los tribunales. Causas que, para mayor vergüenza de nuestras instituciones, han sido sobreeséidas y archivadas provisionalmente por la justicia.

⁹ *Basa* nº 27, Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2º semestre 2002 (diciembre 2003): 110-133.

Las siguientes frases son algunas de las sensacionales y clari-videntes contestaciones del Vicepresidente Lorenzo Olarte a las preguntas e interpelaciones del socialista Carmelo Padrón, cuando el socialismo canario todavía no se había sumado con firmeza a la liquidación del mito de Tindaya.

¿Que se encontraba en una mala situación económica la empresa Cabo Verde? ¡Sin duda! ¿Que a lo mejor se le aportó excesivamente por eso? ¡Probablemente!¹⁰.

El Gobierno consideró que la montaña de Tindaya y el proyecto monumental de Chillida tenían un interés prioritario y general para Canarias [...] ¿Qué ocurre si nosotros hubiésemos acudido a la expropiación en vez de llegar a un acuerdo con la parte? [...] podría venirse a pique porque podría decirse por los tribunales que no se encontraba la utilidad pública o la utilidad social en ningún caso¹¹.

Usted es una mala persona, usted es una mala persona. [...] ¡y viene usted a hablar de pelotazos! [...] ¿Quién era compañero de Roldán? ¿Yo? ¿Quiénes eran los defensores de don Mariano Rubio? ¿Yo también? ¡Venga, hombre! ¡No venga usted con tonterías! [...] Usted ha hablado de pelotazos. Tiene la suerte inmensa de que yo pertenecía a la Comisión de Secretos del Estado, y todo lo que conocí en Madrid durante la legislatura lo tengo que callar.

¹⁰ Estas explícitas afirmaciones de Lorenzo Olarte (*Diario de sesiones del Parlamento de Canarias*, 27 de junio de 1996) confirman la evidencia de la desmesurada valoración que el Gobierno de Canarias hizo de la explotación minera de Cabo Verde en Tindaya.

¹¹ Estos párrafos, extractos de la misma intervención en el Parlamento, son el colmo de la contradicción oficial sobre el caso. Se declara por el Gobierno de Canarias el interés general de la obra de Chillida pero, inauditamente, se procede a una inverosímil compra para el rescate de la concesión en vez de acudir a la Ley de expropiación forzosa porque, según el Vicepresidente, los tribunales podrían impedirlo.

Yo tomaré mis propias medidas con respecto a una entidad bancaria en la cual mis fondos y las operaciones además producto de mis responsabilidades no se mantienen en el anonimato¹².

No diga usted que yo no tengo sangre canaria, porque no presumo de canario sino que ejerzo. Mi madre era canaria y contrajo matrimonio en Puerto del Rosario donde mi padre fue destinado de juez de instrucción en el año 28, llegando en el mismo barco en que Don Miguel de Unamuno regresaba, tras su destierro, a la Península.

El Vicepresidente ultraperiférico, sin duda cansado y algo excitado, desvariaba. Unamuno huyó de Fuerteventura a Las Palmas y de allí a Francia en 1924 y no en el 28. El escritor no regresó a España hasta 1930. Hasta la fecha, y en espera de que Don Lorenzo vuelva a la tribuna de oradores para desvelar la duda, se desconoce en qué misterioso barco vino el padre del valedor ideológico de una obra insensata que terminó siendo el mayor caso de corrupción de las Islas Canarias.

¿Epílogo?

El 19 de diciembre de 2004, Luis Chillida, hijo del escultor, realiza las siguientes manifestaciones: “Después de tanto tiempo, siete meses más no nos importa. Lo principal es que las tres

¹² Tal explicación es referida a la existencia del informe encargado por el Banco Central Hispano donde se comprobaba que muchas de las propiedades de Cabo Verde SA estaban embargadas e hipotecadas. El total de cargas por embargos ascendía a (números redondos) aproximadamente 482 millones y el total de cargas por hipotecas a, aproximadamente, 455 millones. Ambas cifras deparan un total de cargas de 937 millones de pesetas. Casualmente el acuerdo con el Gobierno para el rescate de la concesión de Cabo Verde se estimó en 900 millones de pesetas. A pesar de estos datos, la preocupación de Lorenzo Olarte era que no se hubiese respetado el secreto bancario. Siempre velando por los intereses del pueblo.

condiciones que puso aïta se cumplan: que la obra se haga tal y como él la soñó o no se haga, que el pueblo canario la acepte y que la montaña no sufra perjuicio alguno en el caso de que el proyecto sea viable”.

Señor Chillida, Don Luis:

Lamentamos comunicarle que ninguna de las tres condiciones de su padre se cumplirán. Y, además, usted lo sabe de sobra. A saber:

La obra nunca se hará como su padre la soñó. De hecho ya han reducido sus dimensiones iniciales aunque, eso sí, el coste de la obra no ha disminuido sino que sigue creciendo y saliendo de los bolsillos de todos los canarios hacia los bolsillos particulares de los inductores de la obra. ¿Recibe usted o su familia parte de ese dinero que se nos usurpa? En Fuerteventura se imparte y recibe educación en aulas prefabricadas, en sótanos, en gimnasios y bibliotecas que han dejado de serlo para poder apilar sillas y alumnos. ¿No considera usted más justo que nuestro dinero lo pudiéramos utilizar en educar a nuestros hijos e hijas y enseñarles, por ejemplo, que un gran escultor vasco siempre respetó a la naturaleza y a los pueblos?

En segundo lugar, si usted ha tenido el interés de leer la prensa canaria en estos años de polémica, habrá comprobado que parte del pueblo canario no acepta la obra, entre ellos un sinfín de expertos que se han opuesto desde el principio a que el sueño de su padre se lleve a cabo en Tindaya, a que el sueño de su padre acabe con los sueños de la Montaña.

Por último, algún día nos explicará cómo vaciar una montaña y que ésta no sufra perjuicios. Quizás sea posible en los artificios virtuales que la empresa Estudios Guadiana ha presentado públicamente gracias, otra vez, a nuestro dinero. Pero la realidad es irrefutable y para penetrar en las entrañas de la Montaña Sagrada de Tindaya tendrán que arrancarle la piel, abrirle las

carnes y, poco a poco, desangrarla hasta extirparle el corazón. Una lenta agonía que acabará con milenios de vida. Y todo por un sueño, una maldita pesadilla.

Si le queda algo de humanidad, detenga la barbarie.

Atentamente y para siempre agradecidos, miles de voces, cientos de pies, brujas invisibles y la memoria de un pueblo.

El mito está cansado y aturdido. El mito desconoce a quién le ha tocado la lotería pero sabe, a ciencia cierta, que no ha sido a Fuerteventura. Desde que convirtieron su guarida en mercancía, ha pensado muchas veces en tirar la toalla. Por su cabeza ha rondado la idea de convertirse en un letrero inmobiliario, en una fotografía expuesta en un museo, en poner, de una vez por todas, los pies en el suelo enmoquetado. Sólo lo mantiene el recuerdo permanente de generaciones de sueños. Visiones que no destripan. Quimeras que no se compran, ni se venden.

Fuentes

Periódicos [desde 1984 a 2005]

Canarias7; Diario de Las Palmas; La Provincia; La Gaceta de Canarias; La Opinión; El Día; Diario de Avisos; La Isla; Crónica de Fuerteventura; EL País; El Mundo; Diario Vasco; Gara; Diario de Alicante.

Documentos e informes

—*Informe de la Comisión de Estudio de la Montaña de Tindaya*, Cabildo Insular de Fuerteventura, octubre 1996.

—*Informe y Valoración. Explotaciones mineras en Montaña de Tindaya*, TM, La Oliva, Fuerteventura, julio 1995.

—*Propuesta de acuerdo de la Comisión del Consejo de Gobierno para la recuperación de las concesiones de Tindaya*, diciembre de 1995.

- Informe solicitado por el Banco Central Hispano SA sobre la situación económica de Cabo Verde*. septiembre de 1995.
- Diario de Sesiones del Parlamento de Canarias*. Sesiones de los días 27 de junio de 1996, 11 de septiembre de 1996, 30 y 31 de octubre de 1996 y 21 de mayo de 1997.
- Alegaciones a las Normas de conservación del Monumento Natural de Tindaya*, Cabildo Insular de Fuerteventura, 20-02-96.
- Propuestas de acuerdo de Declaración de Interés para Canarias del Proyecto Monumental en la Montaña de Tindaya*, Varios, del 24/v/95 al 27/ii/96.
- Estudio económico Parque temático Montaña de Tindaya*, elaborado por Consulgest sl, 8/iii/96.
- BOC del 12 de abril de 1999 por el que se autoriza el aval de 3.000.000 de pesetas a la empresa Proyecto Monumental de Tindaya, SA.
- BOC del 11 de marzo de 1997 por el que se aprueban las normas de conservación de la montaña de Tindaya, Fuerteventura.
- Dictamen sobre la legalidad de las extracciones de minerales y el proyecto monumental de la Montaña de Tindaya*, servicios jurídicos de la Federación Ecologista Ben Magec.
- Archivo documental del Colectivo Ecologista Agonane, Fuerteventura.
- Archivo documental de la Coordinadora Montaña Tindaya, Fuerteventura.
- Informes para el otorgamiento de Calificación Territorial del Proyecto de Investigación Geotécnica (II fase), Cabildo insular de Fuerteventura y Ayuntamiento de La Oliva, 2004.
- Plan especial de protección de Montaña de Tindaya*, José Miguel Fernández Aceytuno, 1995.

Libros y ensayos

- ALEMÁN, A. [Entrevista]: “Una crítica en forma de escultura” [en línea] disponible en <www.canarias.indymedia.org>.

- BÁEZ, D. 1983: *Cuentos de brujas de Fuerteventura*, Cabildo Insular de Fuerteventura.
- BRAMWELL, D. Y Z. 1990: *Flores silvestres de las Islas Canarias*. Editorial Rueda, Santa Cruz de Tenerife.
- CABRERA PÉREZ, J. C. 1996: *La Prehistoria de Fuerteventura: un modelo insular de adaptación*, Servicio de publicaciones del Cabildo de Fuerteventura.
- CARREÑO FUENTES, P. 1979: "Fuerteventura, novedad arqueológica: los petroglifos de Tindaya", *Aguayro*, nº 109.
- CASTRO ALFÍN, D. 1987: "Los Petroglifos de Tindaya. Consideraciones sobre sus paralelos e interpretación", *1 Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote.
- CORTÉS VÁZQUEZ, M. 1987: *Los petroglifos podomorfos de la Montaña de Tindaya. Características formales y significación*, *1 Jornadas de Estudios de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*, tomo II.
- DEL ARCO AGUILAR, M^a C. DEL, JIMÉNEZ GÓMEZ, M. Y NAVARRO MEDEROS, J. F. 1992: *La arqueología en Canarias: del mito a la ciencia*, Ediciones Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- DÍAZ CUYÁS, J. 1997: "La naturalización del arte del suelo: el paradigma de Tindaya", [en línea] disponible en <www.canarias.indymedia.org>.
- DÍAZ FERIA, L. T.: "El territorio, un bien intergeneracional", *Cuadernos del Guincho*, nº 1.
- EQUIPO TINDAYA 98 [Varios] 2000: "Excavaciones y prospecciones arqueológicas en la Montaña de Tindaya", *IX Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote.
- GRAVES, R. 1999: *Dioses y héroes de la antigua Grecia*, Unidad editorial, Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. Y MARTÍN SOCAS, D. 1980: "Nueva aportación a la historia de Fuerteventura. Los grabados rupestres de la Montaña de Tindaya", *Revista de Historia* XXXVII.

- LEÓN HERNÁNDEZ, J. Y PERERA BETANCOR, M^a A. 1995: “Los grabados rupestres de Lanzarote y Fuerteventura”, iv Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura.
- NAVARRO SEGURA, M^a I. 2000: “La Maldición de la Pirámide. O la perversa traición al escultor Eduardo Chillida”, *Basa*, nº 27, Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 2º semestre.
- NOVALES, C. 1977: Tindaya, territorio de sueños. *Cuadernos del Guincho*. nº 1. —“Tindaya, el arte como pretexto”, *Cuadernos del Guincho*, nº 2, 1997.
- PERERA BETANCORT, M^a A. Y HERNÁNDEZ BAUTISTA, R. 1987: “Comunicación sobre la excavación de urgencia en la Montaña de La Muda. La Matilla. Puerto Cabras”, *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*.
- PERERA BETANCORT, M^a A., BELMONTE AVILÉS, J. A., ESTEBAN, C. Y TEJERA GASPAS, A. 1996: “Tindaya: un estudio arqueoastronómico de la sociedad prehispanica de Fuerteventura”, *Tabona*, Universidad de La Laguna.
- PERERA BETANCORT, M^a A. 1996: “La Montaña de Tindaya: valor natural, valor cultural. Análisis legal”, *vii Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote. —1996b: “Tindaya: reflexiones sobre una montaña agredida”, *Cuadernos del Guincho*, nº 1.
- TEJERA GASPAS, A. Y CABRERA PÉREZ, J. 1998: “Mitos y leyendas majoreros”, *iii Jornadas de estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote.
- TEJERA GASPAS, A. Y GONZÁLEZ ANTÓN, R. 1987: *Las culturas aborígenes canarias*, Ediciones Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- TORRIANI, L. 1979 [1594]: *Descripción de las Islas Canarias*, Goya, Santa Cruz de Tenerife.
- VELASCO VÁZQUEZ, J., ALBERTO BARROSO, V. Y LEÓN HERNÁNDEZ, J. DE 2003: *Medidas referentes a la protección y conservación de los bienes arqueológicos de la Montaña de Tindaya*, Fuerteventura [inédito].
- VVA 1997: *Los símbolos de la identidad canaria*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife.